



153

Irazoki, Francisco Javier

(Lesaka, 1954)

Autorretrato: “Lo mejor es mi cara de lechuza. Vive impasible, subida a unas zarzas blancas. A veces noto el roce de su plumaje amarillo en la frente, o de sus uñas negras que dan cuerda al tiempo de mis arrugas. Me desvela las noches en que caza demasiado, y las mujeres me consolaron al oír su graznido lúgubre cuando volaba. Si me pongo delante del espejo, no puedo sostenerle la mirada”.

Francisco Javier Irazoki es poeta, aunque comenzara escribiendo en prensa cuando se fue de Lesaka a Madrid porque sentía que para crecer debía alejarse del sitio donde había nacido. Comenzó como periodista musical en Disco Expres y El Musiquero y perteneció al grupo literario surrealista Cloc. Después se trasladó a París donde reside desde 1993 y donde cursó estudios musicales; de la música dice que llegó tarde a la escritura musical y que por eso solo escribe poesía. Como escritor, sus primeros poemarios editados fueron *Árgoma* (1980) y *Cielos segados*, un volumen editado por la Universidad del País Vasco que contiene toda la obra poética que el poeta había escrito hasta el año 1990: los libros *Árgoma* (1976-1980), *Desiertos para Hades* (1982-1988) y *La miniatura infinita* (1989-1990).

Doce años más tarde vendrían *Notas del camino*, un libro con fotografías de Antonio Arenal, y acto seguido *Retrato de un hilo* en 2013.

154

Un camino paralelo es el que Irazoki recorre con los poemas en prosa, en los que dice encontrar una respiración más libre, que le permiten romper unos límites demasiado estrechos. Esta es la sensación que tuvo cuando escribió en 2006 *Los hombres intermitentes*, que tuvo continuidad con *Orquesta de desaparecidos* publicado en 2015 y que, previsiblemente, continuará con un tercer conjunto de poemas en prosa para el que guarda anotadas algunas líneas sobre temas fundamentales en su biografía.

Mezclada con la poesía hay una sola obra de narrativa, *La nota rota*: cincuenta semblanzas de músicos a lo largo de la historia. También ha traducido del francés los poemas del dramaturgo Armand Gatti. Actualmente es crítico de poesía en el suplemento El Cultural.

Sus poemas también se pueden encontrar en varias antologías: 23, *Anales de Trotromotro*, *Antología de la poesía navarra actual*, *Antología della poesia basca contemporánea*, *Poesía vasca contemporánea*, *Diez bicicletas para treinta sonámbulos* o *Nocturnario*, entre otros.

Si nos fijamos en *Retrato de un hilo*, en el que por primera vez ha incluido dos poemas escritos originariamente en francés, observamos que la poesía de Irazoki se equilibra entre la fugacidad de las cosas y el resumen de lo que ha vivido. El primer poema del mismo título que el libro fue escrito en Benarés y el resto en París y, en palabras del mismo autor, “sirvió para resumir una doble travesía. Un viaje que me puso en un país y una lengua extranjeros y,

al mismo tiempo, el viaje para depurar el estilo literario. Cruzo las calles de la ciudad, fotografió el dolor, celebro la experiencia amorosa, canto en un idioma nuevo”.

Su otra vertiente, la de la poesía en prosa, tiene en *Orquesta de desaparecidos* la continuación de *Los hombres intermitentes*. Es una extensión de sus pinceladas autobiográficas, tan presentes como los familiares y afectos que ya no están, o de las personas que se cruzan con él y que le dejan huella, un libro en el que la gratitud está muy presente, todo con una prosa exquisitamente cuidada que deja traslucir el ritmo lento de su manera de escribir. Como temas el libro funde la infancia y la juventud vivida en Lesaka con las experiencias de su vida en París.



155

**Iriarte,
Eduardo**

(Pamplona, 1968)

Yo llegué a la escritura, supongo que como la mayoría, a través de la lectura incesante y voraz durante la infancia y la primera juventud, de infinidad de tardes dedicadas a leer en posturas imposibles novelas que no tenía capacidad para juzgar pero, quizá por eso mismo, me colmaban de algo muy parecido a la felicidad. Poco imaginaba entonces que, décadas después, habría hecho de las letras no solo una pasión sino un modo de vida, una manera de filtrar la experiencia y buscar orden y armonía cuando todo parece indicar que no los hay.

En el tiempo transcurrido desde aquellas primeras lecturas —y después de formarme como filólogo, traductor y editor—, he tenido la fortuna de verter al castellano más de doscientas novelas y ensayos de autores como Gore